

¿UNA QUIMERA POSIBLE?: LA SOLIDARIDAD COMO DESAFÍO DE LA PARTICIPACIÓN SOCIO POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

Ensayo

Analía Elizabeth Otero
CONICET – FLACSO, Argentina
aotero14@gmail.com

Resumen:

El objetivo de este artículo ha sido reflexionar sobre la solidaridad como una dimensión analítica clave y provocadora para los desafíos, así como las posibilidades del mosaico que conforman los movimientos sociales, organizaciones comunitarias y diversos actores colectivos que pueblan la región de América Latina. Para ello, repasaremos el lugar que ocupó el término de la solidaridad en las propuestas teóricas clásicas y retomaremos autores contemporáneos anclando, en particular, en la perspectiva de Danilo Martuccelli.

Al cabo de este trabajo de revisión y análisis, entendemos que la solidaridad resulta una dimensión potencial en la comprensión de los retos de las organizaciones, sus márgenes de acción y sus vinculaciones con el estado en nuestras sociedades. En este sentido, su profundización como categoría analítica resulta una tarea convocante y necesaria en el campo de las ciencias sociales.

Palabras clave: América Latina, solidaridad, organizaciones sociales.

A possible chimera?: solidarity as the social challenge of political participation in Latin America

Abstract:

The aim of this article was to reflect on the solidarity as a key and provocative analytical dimension to the challenges and opportunities that make up the mosaic social movements, community organizations and various collective actors that populate the region of Latin America. To do this, we will review the place that occupied the term of solidarity in the classical theoretical proposals and will resume anchoring contemporary authors, particularly in view of Danilo Martuccelli.

After this review and analysis work, we understand that solidarity is a potential in understanding the challenges of organizations, their scope for action and its links with the

state of our societies dimension. In this sense, its depth as an analytical category is one convener and necessary task in the field of social sciences.

Keywords: Latin America, solidarity, social organizations

Uma quimera possível : a solidariedade como o desafio social de participação política na América Latina

Resumo:

O objetivo deste artigo foi o de refletir sobre a solidariedade como uma chave e dimensão analítica provocativo para os desafios e oportunidades que compõem os movimentos sociais de mosaico, organizações comunitárias e vários atores coletivos que povoam a região da América Latina. Para fazer isso, vamos rever o lugar que ocupava o termo de solidariedade nas propostas teóricas clássicas e vai retomar a ancoragem autores contemporâneos, particularmente tendo em conta Danilo Martuccelli.

Após essa análise e trabalho de análise, entendemos que a solidariedade é um potencial em compreender os desafios das organizações, o seu âmbito de acção e as suas ligações com o estado da nossa dimensão sociedades. Neste sentido, a sua profundidade como categoria analítica é um organizador e tarefa necessária no campo das ciências sociais.

Palavras-chave: América Latina, a solidariedade, organizações sociais.

Introducción

Nuestra época trae consigo relecturas de la teoría social, en las cuales la emergencia de los actores sociales colectivos ocupa un rol significativo para reflexionar sobre la dinámica social y las relaciones sociales que entablamos. En esta dirección, entendemos que los interrogantes sobre la solidaridad como lazo de unión entre los individuos y en el seno de los procesos de acción colectiva cobran un interés central.

El siglo XX y lo que va del XXI fueron el escenario de fuertes y masivas movilizaciones sociales. Junto a ellas, presenciamos la emergencia de múltiples procesos de construcción colectiva, tales como organizaciones sociales y comunitarias, movimientos sociales y nuevas agrupaciones que signaron el territorio de América Latina. Este fenómeno regional e internacional ha sido fuente de intensos debates en el campo de las ciencias sociales,

64

dando cuenta de posturas teóricas que presagian su debacle o promueven su trascendencia positiva en lo social y lo político, en tanto manifestaciones cuestionadoras al capitalismo actual. (Toureine, 1995; Holloway, 200; Harvy y Negri, 2004; Santos, 2005). Sobre este telón de fondo, los ejes que han colonizado las discusiones pusieron énfasis en el surgimiento de nuevas formas de participación (individual-colectiva) como vías de canalización de demandas puntuales, necesidades ciudadanas, luchas por el reconocimiento y legitimidad de una condición social, así como nuevas búsquedas hacia la ampliación de derechos, etc.

Estimamos que seguir profundizando creativamente sobre esta temática resulta una cuestión socio política de primer orden. Por ello, la propuesta de este texto es reflexionar acerca la solidaridad, entendiéndola como parte de los retos que signan el presente y el porvenir de la tarea de las ciencias sociales en torno a la comprensión de la dinámica social.

Aquí se trabajará en la dimensión solidaria más allá de las especificidades de cada una de las múltiples formas de organizaciones emergentes. La idea es analizar una serie de aportes teóricos clásicos y actuales; fundamentalmente aquellos de Danilo Martuccelli, poniendo énfasis en la solidaridad como una idea, tensión y problema que emerge en relación con los procesos de construcción, viabilidad y posible expansión de la vocación política implícita en las acciones colectivas.

Como estrategia expositiva, presentaremos un primer bloque que estará destinado a analizar la idea de la solidaridad y sus acepciones, repasando el lugar que ocupó en las corrientes teóricas más clásicas de las ciencias sociales. En un segundo bloque, avanzaremos en perspectivas actuales que dan densidad al debate sobre la solidaridad y la acción colectiva como núcleo para repensar los retos de nuestra época. Finalmente, en un último bloque a modo de cierre del presente trabajo, sintetizaremos ítems e interrogantes que surgen del análisis realizado.

Sociología y solidaridad a la luz de diferentes perspectivas

Definido por la Real Academia Española el término de solidaridad tiene dos acepciones: una primera que significa la adhesión circunstancial a la causa o empresa de otros; y la segunda, un modo de derecho u obligación (en común). A pesar de este desdoblamiento, a menudo la solidaridad es y ha sido asociada a un sentimiento compasivo o piadoso ante el otro, surgido a partir de la proximidad entre los individuos, es decir, comúnmente fue entendida como lazo mediador, un vínculo de unión caro para las relaciones sociales.

En el análisis sociológico, desde las corrientes clásicas del siglo XIX, la solidaridad fue un pivote para la comprensión de la organización social. Aparece con solidez en la teoría de Durkheim quien, para explicar la crisis de la época feudal y el advenimiento de la modernidad, distingue un pasaje entre una sociedad arcaica, donde la división del trabajo genera un tipo de *solidaridad mecánica*, y una sociedad moderna, donde la evolución de la dinámica productiva económica genera nuevas diferenciaciones y dan origen a un distinto tipo de organización basado en la *solidaridad orgánica*. Sin embargo, en ambos casos la dinámica social se sustenta en un lazo colectivo donde la unión de los individuos permite un orden funcional.

En las sociedades feudales, primaban las relaciones de reciprocidad entre núcleos comunitarios y familiares, cimentadas por un sentimiento de solidaridad generado cuasi espontáneamente. Los cambios, devenidos de las especificidades en la división del trabajo, darán lugar a un nuevo tipo de sociedad, cuya integración se basará más en la complementariedad e interdependencia. La diferenciación es consecuencia de la evolución de la sociedad que provoca una interrelación creciente de los individuos entre sí; este es el engranaje de la *solidaridad orgánica*, traducción de un tipo de dependencia recíproca en la sociedad industrial. En la *solidaridad orgánica*, tomará más fuerza analítica la conciencia individual en menoscabo del colectivo. La misma vida social moderna requerirá *sine qua non* de complementariedades y adaptaciones a las normas de conducta en las cuales los individuos depositan autoridad. La contracara del orden será la atomización social tras el desvío de la norma. Durkheim confía y apuesta a la regulación operada por el mecanismo solidario; es más, avanza sobre la necesaria creación de "asociaciones

corporativas" en el marco de las sociedades industriales. Asociaciones guiadas por el mismo mecanismo promotor del orden imperante.

El paradigma marxiano dará un giro radical sobre las concepciones positivistas. En esta corriente clásica de pensamiento, el funcionamiento del sistema capitalista está basado en un tipo de dominación que motoriza el antagonismo social. En muy breves palabras, existe un conflicto económico estructurante que se expresa en la oposición entre capitalista–proletario; de dominadores–dominados, traducido en un conflicto político de clases sociales. La solidaridad no será aquí un lazo de unión pasible sino que primará el ejercicio del poder de un grupo sobre otro. Es a través de la toma de conciencia sobre la pertenencia a una clase social que los individuos tenderán a la solidaridad entre su mismo grupo defendiendo intereses comunes. Es en este horizonte que, entre los proletarios, la lucha tendrá como objetivo la emancipación social.

Para Marx, la clase social resulta una clave en la acción colectiva. El reconocimiento de sometimiento a una misma condición de explotación es el pivote del *elemento común* de una lucha. De aquí que el orden socio–económico será fundamental en la conformación de las clases, así como también, en la estrategia política de liberación del sistema capitalista¹. La solidaridad como lazo de unión en acción colectiva dependerá de una toma de conciencia de los individuos inmersos en una misma condición de dominación. Bajo esta órbita, la acción colectiva más significativa girará en torno al papel del proletario y la internacionalización del movimiento sindical como sujeto histórico motor de la lucha.

Claro que las versiones clásicas se vieron renovadas profundamente en el devenir del siglo XX. A partir de los 70, comenzaba a declinar la presencia hegemónica del movimiento sindical y la centralidad de la versión clasista como clave estructural para la emergencia de un actor social colectivo en base a la solidaridad por una condición común. Entre tanto, se empezó a argumentar la emergencia de los denominados “nuevos movimientos sociales” (NMS), portadores de múltiples demandas, con un carácter expresivo y novedoso, que

surgían en el marco de transformaciones de diversa índole: productiva, económica, social, cultural, etc. (Offe, 1992).

Aun con versiones eclípticas, el campo de estudios de actores colectivos (nuevos formatos de protesta y participación) cobró profundo interés entre los científicos sociales. Gran parte de los aportes actuales promueve el abordaje de la relación entre lucha colectiva y lucha personal, siendo esta intersección un eje central en las lecturas.

En algunas posiciones teóricas, adquiere prioridad el estudio sobre los complejos procesos de identidad de los actores individuales-colectivos. Aquí la confluencia, la solidaridad y la simbología cobran una importancia central en el proceso de construcción colectiva. Por ejemplo, en la perspectiva de Melucci, los movimientos sociales serán en sí mismos un sistema de códigos simbólicos que operan como un desafío al orden hegemónico (Melucci, 1997). Otros estudios sobre las identidades se han volcado hacia el lugar de lo colectivo como una dinámica, descartando cualquier elemento esencialista en su conformación y entendiendo que son construcciones mediadas por la cultura y el poder. Desde estas perspectivas, se hará hincapié en el interaccionismo social, las posiciones subjetivas y los intercambios simbólicos sujetos a renegociaciones constantes (Amparán, 2002).

Una de las propuestas audaces de lectura contemporánea es –a nuestro entender– el pensamiento de Santos. Su aporte se trata de una alegoría que sostiene una defensa a la pluralidad de luchas y encara la tarea estratégica de re- situar en primer plano los espacios y lógicas emergentes, pero invisibilidades que coexisten a la hegemonía del orden capitalista globalizado. Exhorta a reconocer el estado de *crisis del paradigma de la ciencia moderna*, entre otras, por esta invisibilidad que ha operado el campo científico. Al tiempo que se pregunta: ¿Cuál es el puente que separa el actual malestar general (descontento del avance del capital por sobre el resto de las dimensiones humanas) de la construcción de un nuevo paradigma que conjugue una visión crítica, alternativa y propositiva?

Para responderla, hace una revisión histórica de la sociología desde su etapa fundacional señalando que, aun con disputas, tanto en la versión positivista como en la anti positivista el leitmotiv ha sido la búsqueda de un conocimiento del orden sobre el caos; claro que con

orientaciones diferentes. En la primera, la sociología funcionalista, la premisa se orientó al orden de la regulación social, mientras que la sociología crítica (marxista) dirigió su atención al orden de la emancipación social. Este divorcio ocultó que ambas asumen los mismos supuestos centrales de partida: la noción de agentes históricos (activos en el desarrollo regulacionista), agentes clases sociales (sujetos de lucha en la vanguardia por la liberación) que se corresponde perfectamente con la dualidad de estructura y acción (Santos, 2005:5).

Santosⁱⁱ propone el sugerente término de “ecología de la productividad” como un modo de revalorizar la visibilidad de lógicas y experiencias de este tipo, que históricamente vienen siendo excluidas o marginales en los análisis de la disciplina sociológica (Santos, 2005:61). Una alternativa a la “forma alternativa de pensar alternativa” enarbolando el conocimiento como emancipación y promoviendo la subversión del colonialismo en tanto concepción que ve al otro como objeto, no como sujeto (2005:7). Esta última encarna en sí la tensión radical, el efecto de un no reconocimiento, que no es más que el reflejo de una operatoria: “la lógica de la producción de inexistencia.”

El mundo de hoy trae consigo ambigüedades, tensiones y luchas múltiples, frente a ello, propone un enfoque diametralmente opuesto a las visiones clásicas. Este viraje radical supone que la solidaridad y el orden reinventados en forma sustantiva serán los ejes de un nuevo encuadre crítico–constructivo.

En síntesis, Boaventura de Souza Santos se inscribe en la búsqueda de confluencias entre los mismos colectivos, su análisis parte de la crítica al campo de las ciencias sociales que históricamente han desvanecido las expresiones de lucha tras un mecanismo de inexistencias. Contrariamente, Santos, centrado en la emergencia de los colectivos actuales, avanza en argumentar que la construcción de un horizonte compartido, es decir, la posibilidad de generar una solidaridad entre grupos, se basa en el reconocimiento del sufrimiento, pero no acotado o circunscripto a una situación específica, sino una comprensión de las injusticias de carácter múltiple y global, capaz de traducirse en un

plafón para ampliar un colectivo solidario opuesto a la hegemonía del capital (Santos, 2005).

Martuccelli otra perspectiva de lectura Ahora bien, Danillo Martuccelli retoma la discusión sobre la solidaridad poniendo en el centro su sentido político. Si la compasión se ciñe a una “empatía frente al sufrimiento ajeno”, la solidaridad remite a un sentimiento de los individuos, un lazo generado a partir del reconocimiento de que sus condiciones de vida los unen, donde “prima una concepción de la justicia y la necesidad de encadenar las libertades y los derechos de los actores entre sí” (Martuccelli, 2006:93).

Inscripta en el legado de la revolución francesa, la solidaridad remitirá a la fraternidad y de allí su contenido eminentemente político, se distingue de la compasión desde sus mismas raíces por la vocación de la lucha política en un sentido amplio y como anhelo de rebelión ante las injusticias.

Martuccelli entiende que las interpretaciones sociológicas desde el marxismo giraron en torno a tres instancias, entendidas como medios habilitantes y facilitadores para la interpretación del sentimiento de solidaridad.

- Una primera instancia sería el conocimiento sobre las causas estructurales de una situación. Para los actores, este sería un puente a la hora de entender la posición compartida con sus pares de clase en la estructura social. La comprensión del contexto, así como del funcionamiento del sistema capitalista, sería un motor dinamizador de la unión solidaria.
- Una segunda instancia es la toma de conciencia de los actores sobre los intereses comunes del grupo y, posteriormente, la definición de una estrategia de lucha común. Este hacerse consiente en el orden individual sería la agregación de intereses individuales, una base solidaria capaz de forjar estrategias compartidas de grupo.
- Una tercera instancia es la misma experiencia de semejanzas sociales y culturales próximas que habilitarían la emergencia de un sentimiento grupal de unión y lazo común

con voluntad de cambio. La solidaridad se plasmaría, en términos concretos, en una acción colectiva de vocación política de cambio.

Una de las hipótesis de Martuccelli es que instancias que han funcionado como claves explicativas de lectura de la solidaridad hoy declinan ante los procesos instituidos en la era de la globalización. En efecto, en nuestro tiempo, la/s causa/s estructural/es aparecen difusas, la categorización de una clase social, lejos de remitirse a dos grupos claramente definidos, se torna en un planteo difícil sobre el cual la misma definición de posiciones de los actores es una tarea que aún no encuentra visiones consensuadas en las ciencias socialesⁱⁱⁱ. Es más, aun cuando la dominación no decline, la complejidad de la vida social hace cada vez más inteligibles los mecanismos de dominación social, del orden disciplinar y de las posibilidades de subvertirlo.

Otro tanto ocurre con la dificultad de agregación de intereses singular-plural; la emergencia de solidaridad, en tanto sentimiento grupal, encuentra un obstáculo en la vida individual con la profundización de los procesos de individuación. La complejidad del entendimiento de los individuos sobre sus propias contradicciones en relación a los roles institucionales, ámbitos de acción e intereses propios, genera una suerte de intersecciones complejas a la hora de pensar similitudes con otros. La participación en un grupo está sujeta a sincronizaciones y sinergias que se debilitan ante los múltiples y heterogéneos intereses; ello también implica cierta dificultad en la construcción de búsquedas comunes. Incluso cuando existe un elemento común –que permite un objetivo compartido– éste puede resultar temporalmente acotado, frágil, volátil, etc.^{iv} Es más, el escenario actual nos enfrenta con un cuestionamiento mayor, aun cuando hallamos consensos sobre una causa común como cuidar el medio ambiente, esto no se traduce en la expansión del movimiento ecologista o que sus acciones concretas (movilizaciones, etc.) logren convocatorias más masivas y categóricas.

En el proceso de globalización, las distancias sociales se han profundizado, no sólo en materia de distribución de desiguales, sino también en la diseminación de grandes categorías que permitían identificaciones. La diversidad cultural forma un escenario cada

vez más disperso e híbrido, donde las tradiciones de antaño resultan en combinaciones renovadas, que frecuentemente retoman elementos de distintas culturas. La singularidad de las experiencias; los recorridos laborales, educativos, familiares; las trayectorias vitales e intereses múltiples de cada quién hacen cada vez más compleja la visualización de un camino que conduzca a la generación de un sentimiento de solidaridad y menos viable éste como meta política.

La diferenciación social en el marco global–local actúa desconcertando las lecturas de la disciplina social. En los hechos, dificulta las confluencias entre grupos emergentes o con tradición de lucha. Además, en el campo de las ciencias sociales, la puesta en primer plano de subjetividades –actores individuales– se refleja más en la prioridad que adquieren las diferencias que en los rasgos comunes.

En este horizonte, siguiendo a Martucelli, la gramática crítica es pasar de la explicación de causas estructurales y de experiencias individuales a *pruebas* sociales similares que son pie para generar un sentimiento de reciprocidad y, por qué no, de crítica colectiva hacia los procesos que atañan como “mundo global” al conjunto social.

La especificidad de la época hace que la dimensión de la solidaridad –en términos analíticos– deba pensarse en base a la comunicación entre particularidades; llegar a ese punto de reconocimiento es un piso trascendental. De allí, la convocatoria es enfocarse en producciones que contribuyan a informar la diversidad del mundo, pero de un modo más unitario, y que permitan el acercamiento a causas comunes. Aportes que trasciendan la diversidad, más precisamente, que trabajen a partir de ella, y se orienten a cuestiones transversales que las capturen mostrando proximidades, no sólo las distancias.

El centro de la cuestión pasará por las conexiones “entre experiencias individuales disímiles y lejanas” de actores que, aun distantes entre sí, pasan por pruebas sociales similares (no solamente experiencias existenciales comunes). (Martucelli, 2006:108). He ahí lo que vertebra su propuesta, donde el eje partirá del individuo y sus experiencias que, sin embargo, encuentran un punto de confluencia en tanto todos, en términos amplios, enfrentan la condición de una época que establece y les exige dar respuestas a la prueba

escolar, la del trabajo, la experiencia urbana, la familiar, etc., que “nos introducen en un espacio virtual de comprensión recíproca”. (Martuccelli, 2006:114).

Sintéticamente, este autor: a) Se opone a la noción de solidaridad como sentimiento compasivo. b) Parte de entenderla como un acto constructivo, no de producción instantánea. c) Habla de un tipo de compromiso, una conciencia que precede o no se traduce linealmente en una acción colectiva. d) Convoca a reflexionar sobre la dimensión solidaria en la época de la globalización.

De tensiones / sinergias

Como hemos señalado, la solidaridad estuvo presente desde las corrientes teóricas más clásicas (como la teoría marxista y la estructural funcionalista) hasta en las versiones más actuales que han abordado las protestas, movilizaciones sociales y movimientos sociales, sobre todo a partir de la década de los años setenta. También en recientes lecturas sobre una comprensión de la producción de la solidaridad en un sentido más amplio, pensada en su necesidad como vínculo socio político primario.

Lejos de la espontaneidad o de referirnos a la solidaridad como un sentimiento que brota *per se* de la proximidad, coincidimos con la propuesta de Martuccelli de retomar el término analíticamente en función del carácter constructivo y como parte de la dinámica social. En paralelo, entendemos que los fenómenos de acción colectiva, en cierta medida, siguen resultando una paradoja ante los eminentes procesos de profundización de la individuación y heterogeneidad del mundo social. Ello fomenta interrogantes, entre otros, ligados a los obstáculos de generar solidaridad intra–intergrupala. Más específicamente caben las preguntas en relación a la dimensión individual–colectivo y la dimensión colectivo–colectivo. Analíticamente, admite desagregar en diferentes dimensiones y explorar en las características específicas de cada dimensión.

En este marco, circunscriptos a los colectivos, recuperamos dos niveles de tensiones que vertebran la reflexión teórica sobre el desarrollo de la solidaridad:

En un primer nivel, la solidaridad entendida como intención política presenta límites en el seno de las mismas organizaciones, dado que la diversidad social nos enfrenta a causas, intereses y experiencias bien singulares para cada actor. Lo que promueve más una desorientación individual hacia las injusticias que una sólida participación social en la conformación de colectivos sostenidos que persigan defensas o alternativas a lo hegemónico.

En el orden de los grupos en proceso de construcción, las experiencias singulares de cada individuo, las trayectorias diferenciadas y las formas de encarar la vida personal hacen que precede o no se traduce linealmente en una acción colectiva. d) Convoca a reflexionar sobre la dimensión solidaria en la época de la globalización.

De tensiones / sinergias

Como hemos señalado, la solidaridad estuvo presente desde las corrientes teóricas más clásicas (como la teoría marxista y la estructural funcionalista) hasta en las versiones más actuales que han abordado las protestas, movilizaciones sociales y movimientos sociales, sobre todo a partir de la década de los años setenta. También en recientes lecturas sobre una comprensión de la producción de la solidaridad en un sentido más amplio, pensada en su necesidad como vínculo socio político primario.

Lejos de la espontaneidad o de referirnos a la solidaridad como un sentimiento que brota *per se* de la proximidad, coincidimos con la propuesta de Martuccelli de retomar el término analíticamente en función del carácter constructivo y como parte de la dinámica social. En paralelo, entendemos que los fenómenos de acción colectiva, en cierta medida, siguen resultando una paradoja ante los eminentes procesos de profundización de la individuación y heterogeneidad del mundo social. Ello fomenta interrogantes, entre otros, ligados a los obstáculos de generar solidaridad intra–intergrupala. Más específicamente caben las preguntas en relación a la dimensión individual–colectivo y la dimensión colectivo–colectivo. Analíticamente, admite desagregar en diferentes dimensiones y explorar en las características específicas de cada dimensión.

En este marco, circunscriptos a los colectivos, recuperamos dos niveles de tensiones que vertebran la reflexión teórica sobre el desarrollo de la solidaridad:

En un primer nivel, la solidaridad entendida como intención política presenta límites en el seno de las mismas organizaciones, dado que la diversidad social nos enfrenta a causas, intereses y experiencias bien singulares para cada actor. Lo que promueve más una desorientación individual hacia las injusticias que una sólida participación social en la conformación de colectivos sostenidos que persigan defensas o alternativas a lo hegemónico.

En el orden de los grupos en proceso de construcción, las experiencias singulares de cada individuo, las trayectorias diferenciadas y las formas de encarar la vida personal hacen que el sentimiento de proximidad y de unión (incluso al interior de un mismo grupo) sea temporalmente acotado, es decir, que la lucha se extinga fácilmente.

La idea de un lazo de unión basado en la reciprocidad ante la disimilitud de intereses torna dificultosa la construcción de un tipo de compromiso con los otros, es decir, reflexionar en la misma solidaridad.

La solidaridad declina en su carácter de principio organizador de la acción colectiva. Sin embargo, si admite la posibilidad de estudiarla a través de una perspectiva constructivista y como un particular tipo de compromiso en el sentido que señala Martuccelli.

De modo que en dimensión individual-colectivo, el cómo entender la articulación entre individuos con intereses particulares, trayectorias singulares y la generación de colectivos que pongan en marcha estrategias concretas de acción sigue siendo un tema central de la teoría social en el marco de sociedades globalizadas.

En dimensión colectivo-colectivo, aun mediando la construcción de actores colectivos, la confluencia entre éstos encuentra múltiples problemas que se traducen en distancias o conflictos entre ellos. Es más, frecuentemente las organizaciones muestran una actividad más endógena, incluso hasta defensiva, de su identidad colectiva lograda ante otros.

La declinación de las interpretaciones sobre el desarrollo de la solidaridad depositado en un sujeto histórico –el proletariado– que ejerce el liderazgo de la lucha social se ha hecho

ineludible. Como contracara, los interrogantes sobre un nuevo sujeto o sobre su ausencia permea las interpretaciones de los científicos sociales. En un mismo sentido, se orientan la búsqueda por plantear nuevos espacios de confluencia entre distintos actores colectivos.

Hoy, la fragmentación de los actores y la expresión de múltiples conflictos hacen que se torne más difusa la construcción de solidaridad. En la acción concreta, las posibilidades de diseñar estrategias compartidas son dudosas. A su vez, los intereses que persiguen los grupos no siempre guardan similitudes, lo cual diluye las proximidades, dificultando el horizonte de una “solidaridad ampliada” (Hard y Negri, 2002; 2004). Sin embargo, cierta flexibilidad podría pensarse, de modo contrario, como una posibilidad de mayores adhesiones.

El reconocimiento como parte de un mismo movimiento contra las injusticias globales, basado en un sentimiento solidario, es todo un desafío. En este sentido, algunos autores sostienen la emergencia de un nuevo sujeto “la multitud”. Un sujeto político capaz de regular intercambios globales, un poder soberano. Asimismo, sostiene la hipótesis de una soberanía que adquiere nueva forma y que está compuesta por organizaciones nacionales y supranacionales. (Hard y Negri: 2002).

La generación de un sentimiento de unión entre los individuos y los colectivos se torna lejana a pesar de la presencia de movilizaciones aisladas, por ejemplo, manifestaciones de protesta a partir del movimiento anti-globalización, etc. Ciertamente, la agregación de intereses en la práctica parece una quimera.

Abordar la dimensión de la solidaridad como un acto de conciencia y sentimiento puede parecer un nivel de trascendencia poco viable. Sin embargo, lejos de ese derrotero, la propuesta de Martucelli convoca a la profundización de su análisis, poniendo en el tapete la falacia de su emergencia sin intervenciones. Entendemos que allí radica un papel clave en la responsabilidad de las ciencias sociales y es parte de los retos y posibilidades de los actores colectivos.

Conclusión–discusión

A partir del breve recuento de este trabajo, hallamos que la solidaridad como categoría analítica es una clave a ahondar. Asimismo, entendemos necesario atender a los alcances de *lo solidario* para repensar lo sociopolítico y los espacios de las organizaciones, tanto en el seno de ellas como en las relaciones que entablan con el resto de los grupos, los actores de la política tradicional (partidos políticos, sindicatos, etc.) y, en términos amplios, con el Estado.

Tanto individual y colectivamente, las organizaciones sociales comunitarias y movimientos sociales dan cuenta de una difusa y solapada vocación política potencial; profundizar en la comprensión sociológica de una lógica solidaria resulta un puente para repensar contingencias y devenires en vistas a una solidaridad ampliada. A su vez, invita a nuevos interrogantes sobre todo considerando la ampliación del enfoque de derechos.

El siglo veintiuno trae consigo relecturas de la teoría social, donde el fenómeno de la emergencia de actores sociales colectivos ocupa un rol socio político significativo para reflexionar acerca de las relaciones sociales y el estado. Dos tópicos “orden–emancipación” (claves desde las tradiciones más clásicas de la sociología) parecen adquirir nuevas formas. Enfrentar creativamente la dimensión de la solidaridad es una cuestión de primer orden en torno a la vida social y colectiva, así como también, una tarea ineludible en el desarrollo de las ciencias sociales

Notas

ⁱ Cabe acotar aquí que en el análisis de Weber –otro de los autores clásicos de la sociología– se enfatiza en las dimensiones propias al sistema de organización social y disciplinar, así como también, en las diferentes motivaciones de los tipos de acción individual. En relación a la acción colectiva, Weber argumenta que la construcción de un objeto de lucha común que está en la base del colectivo no necesariamente será de contenido económico. Es decir, será un proceso de construcción de un *elemento común*

en torno a una reivindicación, pero de dimensiones que pueden ser tanto económicas como sociales, culturales, etc., o de cualquier orden al cual los grupos adhieran.

^{II} Santos, Boaventura Sousa de y Rodríguez, César se refieren a la presencia de “(...) muchas

prácticas económicas alternativas, aunque no alcanzan a reemplazar al capitalismo, suelen generar dos efectos de alto contenido emancipador: individualmente, significan mejoras en las condiciones de vida de las personas involucradas; y socialmente, su presencia y difusión amplía los campos sociales en los que operan valores y formas de organización no capitalista” (2002:72).

^{III} Un intento de re categorización de “clase social” puede verse en (Antunes, 2000).

^{IV} Agrega Martuccelli “Si la toma de conciencia de su realidad y de su importancia no ha dejado de aumentar desde el informe del Club de Roma en los inicios de los años setenta, esta

concienciación está lejos de traducirse en una movilización consecuente. Ciertamente, los progresos son reales desde los esfuerzos ecológicos cotidianos hasta los acuerdos internacionales por reducir progresivamente las emisiones que afectan a la capa de ozono, pero detrás de la

conciencia de un objetivo común, los intereses son demasiado divergentes para alimentar, durablemente y a falta de un sentimiento agudo de crisis, una movilización.”(Martuccelli, 2006:98-

99)

.

Referencias bibliográficas

Antunes, R. (2000). “Los nuevos proletarios del mundo en el cambio de siglo”.

Marxismo Vivo I. Instituto José Luís e Rosa Sundermman. 2000:112-135. Durkheim, É.

(1987). *La división social del trabajo*. Akal. Madrid.

Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.

Hardt, M., Negri, A. (2004). *Multitude*, París: La Découverte.

Holloway, J. (2005). [3° Ed.] *Cambiar el Mundo Sin Tomar el Poder*, Venezuela: Vadell Hermanos Editores, C.A.

Marx, k. & Friedrich Engels. (1996) *Manifiesto do Partido Comunista*. Petrópolis: Vozes, 1996;

Martuccelli, D. (2006). Interculturalidad y globalización: el desafío de una poética de la Solidaridad, Revista CIDOB d’Afers Internacionals, núm. 73-74 p. 91-121. Melucci, A.

(1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Colegio de México.

Offe, C. (1992). *Contradicciones en el estado del bienestar*. Madrid: Alianza Editorial.

Santos, Boaventura Sousa de (2005). *El milenio huérfano*. Madrid: Editorial Trotta.

Santos, Boaventura Sousa de y Rodríguez, C. (2002). “Para ampliar o canone da produção”, em Santos, Boaventura (organizador), *Produzir para viver: os caminhos da produção não capitalista*, Brasil, Civilização Brasileira.

Tourene, A. (1995). *Producción de la sociedad*. México: IISUNAM-IFAL.

Weber, M. (1969). *Economía y Sociedad*, México, FCE. (Primera edición alemana de 1922).